



# Hacia una nueva lectura de la ciudad y sus espacios: ausencias y emergencias en la ciudad inteligente

**Antonio García García, Juan F. Ojeda Rivera, F. José Torres Gutiérrez,** Dpto. de Geografía, Historia y Filosofía, Universidad Pablo de Olavide

Una síntesis introductoria de la evolución del concepto de inteligencia ayudará a reconocer su carácter social y a definir a la ciudad inteligente. Después, se asume la hipótesis de que la civilización occidental y urbanita analiza, diagnostica y gestiona el fenómeno urbano a través de una metonimia simplificadora y torpe que produce notables ausencias. Y aquellos posicionamientos conducen a presentar nuevas perspectivas metodológicas que permitan evaluar la inteligencia de cualquier ciudad. Se propone aunar razón y emoción para acercarse a realidades urbanas invisibilizadas e incontables y se preconiza, finalmente, una lectura compleja de paisajes fundantes, escenarios simbólicos y espacios públicos como expresiones objetivas de inteligencia ciudadana.

## **For a new interpretation of the city and its spaces: absences and emergencies in the intelligent city**

An introductory synthesis of the evolution of the intelligence concept will help to define the intelligent city and recognise its social character. After that, a hypothesis is assumed where the western and urbanite civilization analyse, diagnose and manage the urban phenomenon through a simplified and clumsy metonymy producing remarkable absences. Those attitudes lead to show new methodological views that allow the evaluation of the intelligence of any city. It is proposed to join reason and emotion to bring near invisible and countless urban realities, and it is finally announced a complex interpretation of basic landscapes, symbolic scenario and public spaces as an objective expression of civic intelligence.

## Introducción

En el lenguaje común no parece lógico aplicar el adjetivo “inteligente” a un sustantivo colectivo como “ciudad”. No obstante, aquí va a intentar demostrarse que tal aplicación no sólo es lógica, sino también muy operativa a la hora de analizar y diagnosticar realidades urbanas y ciudadanas.

Este capítulo se inicia presentando una síntesis de la evolución del complejo concepto de inteligencia, lo que ayudará a ir reconociendo la epistemología de la inteligencia social y a diferenciar en ella la inteligencia ciudadana, la ciudad inteligente y la gestión inteligente de la ciudad. Se asume, en un segundo epígrafe, la hipótesis de que el desarrollo de nuestra civilización occidental y urbanita ha ido generando una metonimia (confundir el todo con una parte) y una proléptica (encogimiento del presente y alargamiento del futuro) en el análisis y valoración de las realidades, de manera que produce ausencias y emergencias notables en la categorización soberbia y torpe del hecho urbano, que pretende combatirse desde las llamadas “sociologías de las ausencias y de las emergencias”.

Tras los anteriores posicionamientos, se presentarán distintas perspectivas analíticas que puedan ayudar a dilucidar la inteligencia de la ciudad: la primera de ellas la considera como realidad compleja en la que se distinguen y se relacionan su plano urbanístico, su fenomenología social y su carácter político. Tal esquema tripartito y entrelazado permite aproximarse a un diagnóstico del nivel de inteligencia de cualquier ciudad en tanto que conjunto completo y también en algunas de sus concreciones urbanas más conspicuas como pueden ser, por ejemplo, sus espacios públicos o libres.

Una segunda perspectiva analítica e interpretadora plantea la necesidad de un método que sepa aunar razón y emoción al acercarse a la realidad urbana, para llegar a comprender fenómenos tan relevantes como son la sociabilidad vecinal, la apropiación afectiva de los espacios, la identificación con los lugares, la memoria colectiva de los distintos grupos ciudadanos o la historia de los barrios.

Para rematar el capítulo, se efectuará una lectura de gestiones y usos de paisajes fundantes, escenarios simbólicos y espacios públicos como expresiones objetivas y evidentes de inteligencia ciudadana y se presentarán algunas aplicaciones a casos concretos de las fórmulas presentadas con la pretensión de validarlas como tal, tanto en sus propios resultados específicos como en su

posible homologación y replicabilidad. Algunas de nuestras previas aproximaciones a paisajes metropolitanos, escenarios urbanos y espacios públicos, así como los resultados obtenidos en unas jornadas de trabajo de un foro de debate y de un seminario, con sus valoraciones respecto al carácter inteligente de la ciudad y de su área metropolitana, nos ofrecen informaciones y conocimientos pertinentes para abordar tales aplicaciones desde Andalucía y Sevilla.

## La inteligencia como concepto acumulador y complejo

La consideración más habitual y canónica de inteligencia es la de una de las potencias del alma humana, junto a la memoria y a la voluntad, que se caracteriza por la capacidad individual y personal de entender o comprender. Basada en una acumulación de habilidades, destrezas y experiencias, la inteligencia es la conjunción de informaciones y conocimientos que permite a cada sujeto responder de manera personal y, más o menos, airoso a los problemas que la vida le va planteando.

Tal inteligencia se mide a través de test o pruebas que valoran el rendimiento intelectual de una persona ante una situación determinada: el test de Wechsler, muy usado en psiquiatría, calcula tanto el nivel informativo y cultural como los niveles de memoria, comprensión y destreza manual, permitiendo clasificar a las personas en función de sus “cocientes intelectuales” e incluso calcular posibles deterioros mentales de una persona. Por su parte, el test de Raven, más común y menos preciso, pero de mucha más rápida ejecución que el anterior, permite, a través de unas propuestas de ordenación y elección de diferentes dibujos, seleccionar u orientar a las personas en función de sus coeficientes altos, medios o bajos de inteligencia.

Pero los avances en el estudio de la inteligencia y de su complejidad han ido añadiendo atributos y rasgos a esta tradicional potencia del alma humana, de manera que fue pareciendo simple y lineal su mera consideración como sumatorio de informaciones, conocimientos, habilidades, destrezas y experiencias conforme fue desarrollándose el estudio de los sentimientos, afectividades y emociones. Poco a poco, pero con pasos firmes, se admite que ser inteligente es algo más que poseer capacidades objetivas de conocer; consiste, además, en mantener un equilibrio emocional. De manera que no resulta más inteligente el que sabe resolver ecuaciones cuadrá-

ticas pero no es feliz, que el que responde a los riesgos, las transformaciones, las inquietudes y los requerimientos cognitivos y sentimentales de su cotidiana felicidad aunque no conozca tales ecuaciones.

José Antonio Marina, que ha dedicado varios textos a la inteligencia, resume uno de los capítulos de su *Teoría de la inteligencia creadora* diciendo:

“(…) la inteligencia humana es una inteligencia computacional que se autodetermina, (porque) la libertad transfigura las operaciones mentales que compartimos con el animal. De ahí derivan tres distintas definiciones de inteligencia. Subjetivamente, la inteligencia humana es la capacidad de suscitar, dirigir y controlar las operaciones mentales. Objetivamente, se caracteriza por crear y manejar ‘irrealidades’. Por último, desde un punto de vista funcional, es un modo de adaptarse al medio, que implica una interpretación y cambio del propio medio. La inteligencia inventa unos problemas e intenta resolverlos. Asimila los datos de la realidad a los esquemas subjetivos, y adapta los esquemas subjetivos a la realidad. El resultado de estas operaciones es la creación del ciclo ecológico humano: el Mundo.” (MARINA, 1993: 250).

Aparece, pues, otro nuevo rasgo de la inteligencia humana, que ya no es sólo racional y emocional, sino que también es adaptativa al medio y a la naturaleza, cubriendo unas lógicas necesidades animales. Pero el hombre no se siente cómodo con la simple adaptación al medio y acaba adaptando el medio a sus incesantes necesidades, de manera que el mundo se construye con una argamasa utópica porque la inteligencia humana se fija continuamente nuevas metas, que le producen incesantes desequilibrios.

La inteligencia, como facultad psíquica, se da sólo en personas concretas, pero la capacidad de creación artística, científica, social o política surge, se fomenta o se dificulta en los grupos donde esas inteligencias personales viven, grupos que pueden ser más o menos inteligentes, más o menos aptos para resolver problemas. En definitiva, hay proyectos personales que sólo pueden emprenderse y alcanzarse mancomunadamente, integrándolos en proyectos compartidos. Para conseguir la felicidad personal cada ser humano necesita introducir su individual proyecto dentro de un marco más amplio, cobijándolo en un proyecto de felicidad conyugal, familiar, social, al que nutre y del que se nutre. Porque estamos integrados en grupos o comunidades que no son un simple agregado de inteligencias individuales, sino

que constituyen unas “inteligencias compartidas”. Ninguna actividad mental se realiza en el aire, fuera de un entorno, de una situación, de una cultura, de un contexto. De manera que la inteligencia de un grupo humano podría definirse como la capacidad de mejorar o empeorar los resultados individuales. Por eso es tan importante elegir la calidad del entorno en que se quiere vivir. Por eso puede hablarse de “ciudad inteligente”.

El propio José Antonio Marina, a quien hasta aquí hemos seguido textual o literalmente, nos aclaraba directamente el asunto en la conferencia inaugural del Foro de la Ciudad Humanizada, celebrado en Sevilla en febrero de 2004 y coordinado por nosotros y al que más tarde aludiremos *in extenso*, definiendo así la “ciudad inteligente”:

“(…) Una ciudad inteligente sería, por lo tanto, la que está en mejores condiciones para servir de escenario a la felicidad de sus ciudadanos (...) Cuando hablo de ciudades inteligentes, me estoy refiriendo a ciudades que son capaces de estimular, en vez de deprimir, la iniciativa de los ciudadanos. Aumentan el bienestar pero también protegen las acciones, las actividades innovadoras que van a redundar en beneficio de ellos. No solamente tienen en cuenta sus estados económicos y los de sus ciudadanos, sino que se dedican a medir sus niveles de vida por otras variables a las que en este momento estamos dando cada vez mayor importancia y que son: las calidades de vida; las posibilidades de desarrollarse; las buenas condiciones que les permitan mantener unas relaciones afectivas lo menos obstaculizadas posibles; las facilidades para hacer compatibles sus vidas familiares y sus vidas laborales; las posibilidades de conexión con el resto del mundo; las facilidades para poder conseguir puestos de trabajo dentro de la misma ciudad; las continuas ampliaciones no sólo de las infraestructuras, sino también de las redes de comunicación, de las pequeñas sociedades de capital riesgo para favorecer nuevas iniciativas (...) Es decir, ciudades inteligentes son las que se mantienen vivas, innovadoras, estimulantes y facilitadoras de las acciones de sus ciudadanos (...) Eso sería, en términos sencillos, en qué consistiría una ciudad inteligente”<sup>1</sup>.

## Ausencias y emergencias en la configuración y gestión de la ciudad actual

Uno de los problemas que puede interferir en el desarrollo de la inteligencia ciudadana quizás sea, paradójica-

mente, el indiscutible dominio de la ciudad en nuestro contexto civilizador, de manera que un adjetivo adecuadamente aplicable a este contexto podría ser el de “urbanita”. En efecto, la mayoría de los humanos vivimos en ciudades y tanto los lenguajes como los modos de vida y los poderes ciudadanos son los únicos que se consideran homologados, rigurosos, potentes y contemporáneos. Ante tan marcada tentación hacia la soberbia ciudadana, que podría poner en peligro el desarrollo de la ciudad inteligente, parece conveniente acercarse al sociólogo y epistemólogo portugués Boaventura de Sousa Santos que, en su texto *El milenio huérfano*, propone una nueva cultura política, basada en un modelo de racionalidad, crítico y superador del occidental, dominante desde hace dos siglos a pesar de su soberbia torpeza.

La llamada “razón indolente”, dice Sousa Santos, está caracterizada por la metonimia (que confundiendo el todo con una parte tiende a la dicotomía jerárquica) y por la proléptica (que en función del progreso, la revolución o la perpetuación en el poder, por las elecciones inmediatas, tiende a la linealidad encogiendo el presente y ensanchando el futuro). Estas razones metonímica y proléptica han ido generando una serie de ausencias, a través de unas lógicas o modos de producción de inexistencias: “la lógica del rigor que asume la inexistencia de la ignorancia o de la incultura; la lógica del tiempo lineal que ausenta a lo atrasado, lo residual, lo primitivo, lo obsoleto, lo tradicional; la lógica de la clasificación social que naturaliza jerarquías sociales y discrimina a lo inferior; la lógica de la escala dominante que ausenta a lo particular y lo local; la lógica productivista que produce la inexistencia de lo improductivo, la esterilidad, la pereza o la descualificación profesional (...) Estamos así ante las cinco formas sociales principales de no-existencia producidas por la razón indolente: la ignorancia, lo residual, lo inferior, lo local y lo improductivo. Se trata de formas sociales de inexistencia porque las realidades que conforman aparecen como obstáculos con respecto a las realidades que cuentan como importantes: las científicas, avanzadas, superiores, globales o productivas (...) La producción social de estas ausencias desemboca en la sustracción del mundo y en la contracción del presente y, por consiguiente, en el desprecio de la experiencia” (SOUSA, 2005: 162).

El retrato actual de cualquiera de nuestras ciudades y de sus respectivos procesos de gestión parece calcado: no existe hoy ciudad que se precie, ni gobierno ciudadano que pretenda triunfar en las próximas elecciones que no preconicen la necesidad urgente de aproximarse a tales

realidades importantes, ciudades científicas, ciudades avanzadas, ciudades superiores, ciudades globales y ciudades productivas, marcando nuevos moldes, en olímpicos desprecios de la experiencia. ¿Significa esto ser ciudad inteligente? La respuesta no puede ser mecánica ni dicotómica. El sabio portugués que nos guía en estos momentos comienza a responder a nuestra pregunta presentando su alternativa, que él llama *Sociología de las Ausencias*, de la siguiente manera: “la superación de las totalidades homogéneas y excluyentes y de la razón metonímica que las sustenta se obtiene poniendo en cuestión cada una de las lógicas o modos de producción de ausencia antes referidos. Como la razón metonímica formó las ciencias sociales convencionales, la sociología de las ausencias es necesariamente transgresiva, convirtiéndose en alternativa epistemológica a lo que ha sido descredibilizado” (SOUSA, 2005: 163).

El camino hacia una ciudad inteligente pasaría, según la propuesta de Sousa Santos, por una traducción a la ciudad de aquella *Sociología de las Ausencias*, mediante el desarrollo de:

> Una ecología de los saberes: no hay ignorancia en general ni saber en general. Toda ignorancia es ignorante a un cierto saber y todo saber es la superación de una ignorancia particular. De este principio de imperfección de todos los saberes se deduce la posibilidad de diálogo y disputa epistemológica entre los diferentes saberes. La confrontación y el diálogo entre los saberes suponen un diálogo y una confrontación entre diferentes procesos, a través de los cuales prácticas diferentemente ignorantes se transforman en prácticas diferentemente sabias. Esta ecología de los saberes sustituye la monocultura del saber científico por una credibilidad contextual. La razón metonímica ha generado, entre otras dicotomías, la dialéctica “campo-ciudad”, identificando lo primero con aquellas formas sociales que hay que superar desde las formas que, precisamente, ofrece la ciudad. Una de las consecuencias que ha tenido esta interpretación puede ser el menosprecio o marginación de los saberes procedentes del espacio rural y que son introducidos en el ámbito urbano a través del fenómeno migratorio.

> Una ecología de las temporalidades: el dominio del tiempo lineal no resulta de su primacía en cuanto concepción temporal, sino de la primacía de la modernidad occidental que lo adoptó como suyo. En este campo, la sociología de las ausencias intenta liberar las prácticas sociales de su estatuto de residuo, sustituyéndoles su temporalidad propia y, de ese modo, la posibilidad de





Plaza de España (Sevilla). Foto: Beatriz Sanjuán Ballano

desarrollo autónomo. En la ciudad, no sólo se consagra absolutamente el tiempo lineal, las diferencias estacionales y cíclicas tienden a borrarse con el despilfarro de energías, sino que, además, este tiempo lineal ciudadano se acelera y se precipita.

> Una ecología de los reconocimientos: busca una nueva articulación entre el principio de igualdad y el principio de diferencia, abriendo espacio a la posibilidad de diferencias iguales. Una ecología de diferencias hecha a partir de reconocimientos recíprocos y sometiendo la jerarquía a la etnografía crítica, que preconiza la deconstrucción de la diferencia y de la jerarquía. Probablemente, esta “ecología” se manifieste en la interesante complejidad étnica y sociocultural que han adquirido muchas ciudades a partir de la inmigración extranjera. La superación de procesos segregadores y excluyentes tendría su fundamento en esta conjugación entre igualdad y diferencia.

> Una ecología de las trans-escalas: recupera lo que en lo local no es efecto de la globalización hegemónica. La sociología de las ausencias exige en este campo el ejercicio de la imaginación cartográfica, capaz de ver en cada escala de representación no sólo lo que muestra sino también lo que oculta, capaz de lidiar con mapas cognitivos que operan simultáneamente con diferentes

escalas, en particular para detectar las articulaciones locales/globales.

> Una ecología de la productividad: recupera y valoriza los sistemas alternativos de producción, de las organizaciones económicas populares, de las cooperativas y empresas autogestionadas, de la economía solidaria, etc., que la ortodoxia capitalista ocultó o desacreditó. Pone directamente en cuestión el paradigma del desarrollo y el crecimiento económico infinito y la lógica de la primacía de los objetivos de acumulación sobre los objetivos de distribución que sustentan el capitalismo global.

“En cada uno de estos cinco campos el objetivo de la sociología de las ausencias es revelar la diversidad y multiplicidad de prácticas sociales” (y, por ende, ciudadanas, añadimos nosotros) “y hacerlas creíbles por contraposición a la credibilidad exclusivista de las prácticas hegemónicas” (SOUSA, 2005: 166).

En esta construcción epistemológica, de igual manera que la sociología de las ausencias es la crítica de la razón metonímica y tiene por objetivo dilatar el presente, existe una crítica de la razón proléptica que es la “Sociología de las Emergencias, cuyo objetivo es contraer el futuro”. Para ello, sustituye el vacío de futuro



Las ciudades se pliegan, se despliegan, suceden  
y se abren nocturnas, como fotografías,  
a través de los hechos, las desapariciones,  
existiendo dos veces, temblorosas, verbales,  
a la luz del pasado y a los pies de la vida.

Luis García Montero. "Defensa de aquella amistad". En *Vista cansada*

1. Río Guadalquivir, al fondo puente del Alamillo (Sevilla)
  2. Estadio olímpico (Sevilla)
  3. Puente del Alamillo, con el parque del mismo nombre al fondo
  4. Jardines Torre Los Perdigones (Sevilla)
  5. Pescando en el Guadalquivir
- Fotos: Martín Javier Fernández

2



3



4



5





según el tiempo lineal (un vacío que tanto es todo como es nada) por un futuro de posibilidades plurales y concretas, simultáneamente, utópicas y realistas, que se va construyendo en el presente a partir de una serie de actividades que tienden a producir una ampliación simbólica de pistas o señales de esperanza. En función de las cinco ecologías que desvelaban las ausencias, los campos sociales más importantes de diálogos y conflictos, donde la multiplicidad y la diversidad (y, por ende, la inteligencia ciudadana, añadimos nosotros) se revelarán con mayor probabilidad, son los siguientes:

> Experiencias de conocimiento: conflictos y diálogos posibles entre formas distintas de conocer. En biodiversidad, en justicia, en ordenación urbana, en agricultura, en impactos ambientales, etc.

> Experiencias de desarrollo, trabajo y producción: formas de producción alternativas y solidarias (ecofeministas, gandhianas, cooperativistas, autogestionarias) y formas de redistribución social basadas en la ciudadanía y no en la productividad. Pensemos en iniciativas o prácticas sociales como la del “banco del tiempo” u otras similares que basan la solidaridad comunitaria en el aprovechamiento vecinal de las capacidades y posibilidades individuales<sup>2</sup>.

> Experiencias de reconocimiento: diálogos y conflictos posibles entre sistemas de clasificación social. Multiculturalismo progresista, constitucionalismo multicultural, discriminación positiva bajo la forma de derechos colectivos y ciudadanía posnacional y cultural.

> Experiencias de democracia: diálogos y conflictos posibles entre democracia representativa liberal y democracia participativa. Presupuestos participativos y otras experiencias.

> Experiencias de comunicación e información: diálogos y conflictos posibles, derivados de la revolución de las tecnologías de comunicación y de información, entre los flujos globales de información y los medios de comunicación social globales, por un lado y, por otro, las redes de comunicación independientes transnacionales y los media independientes alternativos.

Todas estas importantes tareas de desvelar ausencias y revelar emergencias en pro del desarrollo de una inteligencia colectiva encarnada en la ciudad deben sostenerse en procesos tranquilos y estructurales de traducción, más que en intervenciones coyunturales o poten-

tes. Unos trabajos de traducción que crearán las condiciones para emancipaciones concretas de grupos sociales y ciudadanos concretos, en un presente cuya injusticia es legitimada por un masivo desperdicio de la experiencia. Los trabajos de traducción, basados en la sociología de las ausencias y en la sociología de las emergencias, sólo permitirán revelar o denunciar las dimensiones de aquel desperdicio. El tipo de transformación social y, consecuentemente, de inteligencia ciudadana que a partir de ellos pueda construirse, exigirá que las constelaciones de sentido creadas por aquellos trabajos de traducción se conviertan en prácticas transformadoras.

## Perspectivas de análisis urbanos a la búsqueda de una ciudad inteligente

Una de las perspectivas ya convencionales del análisis de la ciudad es aquella que distingue tres planos necesariamente solapados e inherentes a la misma. Siguiendo una terminología clásica estos corresponden con *urbs*, *civitas* y *polis* (CAPEL, 2003). Se trata de una propuesta conceptual y metodológica con una gran validez didáctica por su claridad a la hora de identificar la dimensión física y constructiva de la ciudad (*urbs*), la dimensión social, entre los vectores de heterogeneidad o segregación (*civitas*) y el plano político, de participación ciudadana a distintos niveles e intensidades (*polis*).

Ahora bien, los esquemas didácticos suelen simplificar las realidades en aras de su presentación comprensiva y, en el caso del análisis y diagnóstico de la ciudad como realidad compleja, se pone en evidencia que el espacio urbano es a la vez factor y producto de las dimensiones sociales, culturales y políticas, de manera que las fronteras entre *urbs*, *civitas* y *polis* no son siempre nítidas ni incluso válidas (TORRES, 2005; GARCÍA, 2007). No obstante, la lectura profunda de esta propuesta terminológica permite establecer límites sutiles entre los tres planos constitutivos de la ciudad, por ejemplo en relación con qué distintos momentos históricos de la construcción de la misma han favorecido diferentes respuestas sociales, desde la adaptación de la ciudad orgánica y de autoconstrucción a necesidades grupales particulares al impacto de la planificación física y la zonificación funcional en la segregación urbana según barrios.

Pero, en definitiva, la compleja fenomenología del espacio urbano disuelve el límite entre *urbs* y *civitas*, del

mismo modo que la naturaleza política del ser ciudadano se extiende en cualquiera de sus manifestaciones. Esto se hace patente en los paisajes fundantes de lo metropolitano, en los escenarios de las urbes y en sus espacios públicos, donde los ciudadanos, desde el paseante al transeúnte y a los propios gestores, son al mismo tiempo usuarios, actores y jueces de la ciudad. Son los que rematan y hacen operativos tanto el desarrollo real de cualquier propuesta urbanística, como el objetivo teórico de las políticas y la gestión urbana; en ellos está el origen y el desarrollo de reivindicaciones, son los verdaderos consumidores de ciudad, los generadores de sinergias o de conflictos y constituyen una parte indisoluble del paisaje urbano, de su vitalidad o, por el contrario, de su crisis.

La ciudad puede ser leída, pues, de tantos modos como funciones, desarrollos, percepciones o connotaciones coexisten en ella. Es un lugar privilegiado para las citadas “experiencias de conocimiento” en relación con la *Sociología de las emergencias* de Sousa Santos. La propuesta de evaluación de la inteligencia de la ciudad, de la planificación y gestión de sus espacios o del uso de éstos, se fundamenta en la diversidad de situaciones y no en las interpretaciones lineales.

Una ciudad inteligente debe superar dicotomías que muchas veces se han reproducido en los análisis urbanos y que son producto de un pensamiento cartesiano que ha asentado las bases de una “razón indolente” en la interpretación de la ciudad. La ciudad no es sólo manufactura o construcción social; no es sólo orden o desorden; no es sólo centro o periferia; no es sólo pasado o futuro; no es sólo racionalidad o espiritualidad, etc., es un compendio de todo ello.

El choque entre las interpretaciones lineales y la realidad urbana necesariamente diversa y compleja no es nuevo. Jane Jacobs plantea la ciudad como un “problema de naturaleza compleja-organizada” (PORTA, 2002, en referencia a JACOBS, 1967). En una perspectiva similar, algunas propuestas conceptuales de gran calado, como las de la Escuela de Chicago, hacen referencia a indicadores de la vida urbana como la “transformación, cambio, movilidad, interdependencia, diversidad y distancia social” (PEÑA, 2003). Inclusive, planteamientos de autores de referencia de la Escuela de Los Ángeles, a priori contestatarios de la anterior, en tanto centra su atención en lo político y en la fragmentación económica en clases resultantes de la reestructuración capitalista, acaban incluyendo otros factores complementarios a las

dinámicas de fragmentación urbana, como las diferencias identitarias locales (SALCEDO, 2004).

De lo dicho en el apartado anterior deducimos que la ciudad no sólo es urbanismo, complejo social y ente político (expresados en construcciones, planificaciones o regulaciones económicas, sociales o políticas) sino que también es sentimiento y percepción. Así pues, si el fin último de la inteligencia es la felicidad, una ciudad inteligente no sólo tiene que dar cabida a la racionalidad, por ejemplo en términos de estabilidad o seguridad, sino también a lo emocional, en lo que respecta a lo creativo, lo sensorial, el riesgo al cambio, la cohabitación de inquietudes individuales y colectivas de personas y grupos diferentes, etc.

Cuando decimos que se debe recurrir a la emoción y los sentimientos para comprender la realidad urbana, se está haciendo referencia a cuestiones tan relevantes como son la sociabilidad vecinal, la apropiación afectiva de los espacios, la identificación con los lugares, la memoria colectiva de los distintos grupos ciudadanos, la historia de los barrios, etc., es decir, aspectos muy subrayados desde hace años por ciencias sociales como la antropología o la geografía social pero que no terminan de considerarse en toda su profundidad en los procesos de planificación y construcción del espacio urbano, ni siquiera muchas veces, en ejercicios de evaluación o diagnóstico del mismo.

Esta disociación entre razón y sentimientos, con relación al análisis urbano y la valoración de la inteligencia de la ciudad, se manifiesta en fenómenos como la segregación socioespacial, cada vez más acentuada, que se está produciendo tanto a nivel internacional como en nuestro propio contexto regional y local. Las dinámicas urbanas actuales más normalizadas (sustentadas en intereses inmobiliarios y justificadas exclusivamente por la propia necesidad del sistema capitalista de reinvertir continuamente sus ampliadas y exageradas ganancias: HARVEY, 2007) generan un urbanismo despilfarrador, grandilocuente y torpe, así como una fragmentación socioeconómica y homogeneización socio-cultural, que no sólo limitan las posibilidades que abren la heterogeneidad e interacción social (interétnica, intergeneracional, de grupos económicamente diferenciados,...) sino que, además, descontextualizan la población del entorno en el que se localiza. Esta separación o ruptura del hombre y su espacio desde el punto de vista afectivo tiene como consecuencias múltiples conflictos que afectan a la participación ciudadana, al uso (cuida-

do y mantenimiento) de los espacios públicos, a la marginación de determinadas áreas urbanas, etc.

Por otro lado, razón y emoción también ayudarán a reconocer posibilidades de transformación que pueden basarse, de nuevo nos remitimos a Sousa Santos, en los redescubrimientos de determinadas facetas a veces olvidadas o menospreciadas. La “ecología de los saberes” induce a rescatar, por ejemplo, los diversos conocimientos que desarrolla la población en relación con el hábitat en el que vive. Las dinámicas urbanas meramente mercantiles, anteriormente reseñadas, son despilfarradoras y segregadoras e introducen nuevos residentes en áreas de la ciudad a las que son totalmente extraños, al tiempo que obligan a ciertas familias que han vivido tradicionalmente en determinados barrios a abandonarlos y reubicarse en otras áreas diferentes de la ciudad, a las que son ajenas y con las que no guardan ningún tipo de afectividad. En estos procesos, inducidos, como se ha visto, por las reinversiones de ampliadas ganancias, no cuenta para nada la importancia de la relación emocional y de pertenencia de las personas con el entorno en el que viven o en el que han desarrollado su vida durante mucho tiempo. Asimismo, se menosprecian, aparecen opacados por el funcionamiento de la denominada “lógica del rigor”, experiencias y saberes nacidos de la adaptación y aprovechamiento de las características que presenta el espacio de residencia y convivencia. En definitiva, se olvida una cultura ciudadana, expresada en modos de vida a veces singulares, en ocasiones verdaderas muestras de inteligencia compartida, que terminan diluyéndose a causa de los mecanismos que compartimentan y homogeneizan la ciudad.

## **Una lectura de los paisajes, los escenarios y los espacios públicos desde la óptica de la ciudad inteligente**

Como cualquier grupo social, los habitantes de una ciudad cuentan con unos territorios de identificación y representación, no sólo como individuos sino también como colectivo: de mayor a menor escala y desde lo más perceptivo a lo más funcional, tales territorios son sus paisajes fundantes, sus escenarios simbólicos y sus espacios públicos. Son el marco referencial, la escena urbana singular o el lugar concreto en los cuales se desarrolla la vida de la ciudad y sus ciudadanos, sus prácticas cotidianas o extraordinarias: desde la identificación a la movilidad o la comunicación más básica,

desde el paseo al juego, desde el anonimato a la voluntad de ver y dejarse ver, desde el reconocimiento identitario a la crítica de la realidad inmediata, etc.

Considerando las interpretaciones realizadas sobre el hecho urbano y las posibilidades metodológicas de análisis que éstas desprenden, podrían efectuarse algunas preguntas en relación con el papel específico que tienen los paisajes, los escenarios y los espacios públicos urbanos en este sentido: ¿son elementos válidos para evaluar la inteligencia de la ciudad?; ¿los factores de inteligencia evaluables en ellos serían homogéneos en cualquier conjunto urbano o las particularidades de lo local marcarían diferencias interiores reseñables? Téngase en cuenta que, como se ha dicho, los paisajes, escenarios y espacios públicos constituyen la quintaesencia del sentimiento individual y colectivo de ciudadanía, así como del propio sentido físico de ciudad, de manera que los ojos con los que se evalúe la ciudad también serán válidos para evaluar el carácter de sus paisajes, sus escenarios y sus espacios públicos de relación.

Como punto de partida, puede resultar aceptable la premisa de que unos paisajes, unos escenarios simbólicos y unos espacios públicos variados, multiescalares y vitales, son sintomáticos de una ciudad inteligente. No en balde, el fin último de los espacios colectivos ciudadanos es ser fuentes de identidad, relación, sociabilidad y reconocimiento. Ahora bien, desde la perspectiva compleja y variable que se aboga, se pueden diferenciar entre una gestión inteligente, que ofrecería contenidos y oportunidades a estos elementos significativos de la ciudad y un uso inteligente de los mismos por parte de los ciudadanos, que aprovecharían estas oportunidades y generarían o reclamarían otras. En cada caso, las funciones, actores y responsabilidades son particulares, pero el resultado de la correcta combinación entre todas ellas sería un tejido público y ciudadano inteligente y dinámico, en el que se generarían sinergias de distinto tipo. Precisamente tales sinergias (surgidas del propio funcionamiento diario de la inteligencia ciudadana, por mecanismos imprevisibles de convergencia de intereses entre gestores y usuarios) se convertirían en motores de aparición, consolidación y desarrollo de nuevos usos, percepciones y simbolismos de los paisajes, los escenarios y los espacios públicos urbanos.

En relación con “los paisajes fundantes”, toda ciudad tiene una razón de ser, otorgada por su propio emplazamiento, que convierte en fundamentales unos paisajes en los que la urbe se enclava y justifica. El delta nilóti-



Observando Quito. Foto: Víctor Fernández Salinas

co, las siete colinas lacias, la bahía gaditana o el estuario bético son ambientes naturales, en los que se han ido configurando a través de la historia una serie de paisajes de los que no se puede prescindir para entender a ciudades como El Cairo, Roma, Cádiz o Sevilla. Son unos paisajes fundantes que han servido de marco para el desarrollo de las inteligencias y las torpezas de estas ciudades en sus respectivos procesos históricos.

Cualquier ciudad demostrará su inteligencia procurando ofrecer belvederes desde los que se contemple su emplazamiento entre paisajes fundantes. El derecho ciudadano a “paisajear”, recogido en la Convención Europea del Paisaje, puede tener una primera concreción, a escala de gestión ciudadana inteligente, procurando a los propios ciudadanos la posibilidad de salir andando de sus respectivos domicilios y llegar a un otero desde el que se pueda contemplar la ciudad completa y sus paisajes fundantes. Pero, además, esta medida se convierte en una tarjeta de visita de ciudad inteligente que tiene en cuenta, como los grandes viajeros románticos aconsejaban, que al llegar a una ciudad lo primero que había que hacer era verla desde lo alto, como los pájaros. Ahora son los *tour operators* los que han aprendido la lección y buscan oteros o belvederes

para presentar las ciudades a sus turistas. Ya los ilustrados entendieron que Sevilla, por ejemplo, se comenzaba a comprender inteligentemente desde los oteros de El Aljarafe o los Alcores y esas son las perspectivas desde las que se presenta la ciudad en los grabados de la época, como también son las intenciones del gran jardinero Forrester, cuando diseña su balcón sobre Sevilla, en la colina del Buen Aire o las de los pintores de Alcalá de Guadaira.

Bonificar las marismas gaditanas o convertir el Guadalquivir sevillano y el Darro granadino en unas grandes avenidas, tras sus respectivos soterramientos, serían intervenciones torpes que probablemente hayan pasado por cabezas de torpes regidores, pero que demostrarían un despilfarro de conocimiento sobre estas ciudades y sus paisajes fundantes rayano con lo deshonesto. La producción social de tales ausencias hubiera desembocado, como diría nuestro mentor Sousa Santos, en el desprecio torpemente soberbio de la experiencia y la sabiduría colectiva.

Por su parte, hablar de “escenarios simbólicos” supone aterrizar en el tejido de la ciudad y con especial potencia en las tramas históricas de la misma, ya que el pro-





Plaza de San Marcos, Venecia. Foto: Antonio García García

ceso urbanizador imperante desde que la ciudad se expande y cambia de escala, especialmente desde la segunda mitad del siglo XX, prácticamente ha obviado la necesidad ciudadana de tener símbolos con los que fundamentar su identificación. La naturaleza histórica de intramuros y arrabales sienta pues las bases para la constitución de escenarios simbólicos; más aún en ámbitos, como el sur de España y otros tantos, donde sus tejidos históricos mantienen la centralidad. No obstante, los conflictos derivados de ésta, en términos de tensiones entre procesos de terciarización, mantenimiento del carácter residencial, gentrificación, reconocimiento identitario, musealización o redefinición de funciones, hacen que los escenarios simbólicos no sólo sean de distinta naturaleza, sino que sean continuamente reinterpretados y que demuestren distintos grados de inteligencia.

Es posible trasladar a los escenarios urbanos las palabras de Nicolás Ortega: “el paisaje es más que propicio para auspiciar el beneficioso hermanamiento de la inteligencia, el sentimiento y la imaginación” (ORTEGA, N., 1987: 118). De este modo, si de una ciudad inteligente es propia la presentación de singularidades y de saberes específicos, la tendencia a simplificar, homogeneizar y, en definitiva, domesticar los escenarios de la ciudad

histórica y los usos y representaciones que le dan sentido, resulta extremadamente torpe y empobrecedora por parte de sus gestores.

La “bulimia ocular” no es amiga de relativismos, de modo que las imágenes oficiales y promocionadas por las estrategias de *city-marketing* suelen corresponder con escenarios y símbolos lineales, monumentales y fácilmente digeribles. Aparecen espacios y escenarios que llaman a la contemplación y a la foto, sin menoscabo de que sean reconocibles con total nitidez en el imaginario colectivo de una ciudad. Véase, por ejemplo, la ciudad de Venecia y la masiva concentración de visitantes en un radio de pocos metros alrededor de la plaza de San Marcos.

Pero una ciudad inteligente necesita también dar lugar a símbolos complejos, contradictorios y posiblemente de mayor vitalidad y carga subjetiva. Son aquellos en los que, adaptando la terminología de García Calvo (1989), por encima de “el mundo del que se habla” prima “el mundo en el que se habla” y cuya potencia y valor residen en diferentes usos, miradas e interpretaciones. A modo de ejemplo, la fuerza simbólica de un espacio público como la Alameda de Hércules, en Sevilla, radica en la variabilidad de sus dimensiones, interpretacio-

nes e imágenes a lo largo de su historia y en la actualidad: un lugar aristocrático y un lugar proletario, un lugar marginal, tópico y vital, un lugar de ocio y de contestación ciudadana, a la vez tradicional y tendente a la gentrificación. En casos como éste, lo inteligente no resultaría precisamente inducir o esperar una autorregulación, sino permitir y favorecer desde el equilibrio la coexistencia de usos, miradas y representaciones que le aportan singularidad y simbolismo.

Por último, y en relación con los espacios públicos, se ponen de relevancia los matices anteriormente expuestos entre la gestión y el uso inteligente de la ciudad. Un caso ilustrativo es el de la Jemaá-el-Fna, de Marrakech, donde la inteligencia está inducida por el uso. Asimismo, éste deviene de un bagaje cultural secular y que responde a la configuración histórica y pausada de los tejidos tradicionales, permitiendo que prevalezcan de forma casi espontánea usos y saberes adaptativos, afectivos y singulares. Así, una plaza irregular en su configuración, desordenada en su escenario y estresante para muchos ojos occidentales, alberga una vida intensa y cambiante: es un mercado, un punto de encuentro, un cruce de caminos, la escena de los más variados espectáculos callejeros y un lugar relacional y de transmisión de información y conocimiento por parte de charlatanes, cuentacuentos, etc.<sup>3</sup> Juan Goytisolo, vecino y enamorado de aquella plaza, resume así sus funciones: “la increíble vitalidad de este ámbito y su capacidad digestiva aglutinan lo disperso y suspenden temporalmente las diferencias de clases y de jerarquías” (GOYTISOLO, 1977: 276).

La identidad adquiere un valor esencial en el uso inteligente de un espacio público, que incluso puede prevalecer cuando las decisiones de gestión lo desnaturalizan. En este sentido resulta llamativo que plazas que han perdido su función socializadora para convertirse en viales de tráfico mantengan aún signos de animación y reconocimiento. Es el caso de la plaza de la Alfalfa en Sevilla, cuyo pasado como lugar de mercado y de nodo de uno de los viarios históricos de acceso a la ciudad recuerda en parte a la Jemaá-el-Fna. Esta tradición facilita la comprensión del mantenimiento, aunque mermado, de su uso e identificación después de que se convirtiera en una calle, de lo cual prevalecen algunos hitos como un kiosco de flores que no existen en otras plazas de más calidad y uso actual de Sevilla. Así pues, en un espacio como éste resultaría tan inteligentemente aconsejable un proyecto de peatonalización, como torpe y simplificadora ha sido alguna decisión municipal última, tal que la eliminación del tradicional mercado dominical de animales.



Jemaá-el-Fna, Marrakech. Foto: Beatdrifter (Andy Holmes)



Jemaá-el-Fna, Marrakech. Foto: Robin Pollock



Jemaá-el-Fna, Marrakech. Foto: Robin Pollock



Rambla de Amatisterios, Almería. Foto: Antonio García García



Pescando en el Guadalquivir. Foto: Elena Romera García



Las hojas muertas. Plaza de los Sitios (Zaragoza). Foto: Carlos Carreter Oróñez



16º Encuentro de alternativas. Celebrado el fin de semana del 4 al 6 de abril en el parque del Alamillo. Foto: Mª Victoria F. Arboleya

Pero, como se ha expuesto con anterioridad, los signos de inteligencia de una ciudad o de un espacio particular no sólo radican en su gestión, sino también en su uso, su diseño o su programación. En ocasiones, estos producen situaciones paradójicas, como en el caso de las ramblas de Almería: por una parte se trata de una operación aparentemente torpe, en tanto que el soterramiento y urbanización de los característicos cauces estacionales o ramblas del sureste de España suponen la pérdida de uno de sus paisajes fundantes. Por otra, se consiguen resultados inteligentes, al revertir un uso marginal de los mismos y reinsertarlos tanto en la animación ciudadana como en el imaginario colectivo. Se establece así una red amplia y continua de espacios públicos longitudinales, donde recuperar el placer del paseo por el paseo, que sirve de transición entre el centro y las primeras periferias de la ciudad. Además, el diseño y la dotación de contenidos, incluyendo tanto elementos para el uso, como recursos estéticos y arte público y la poca complejidad que supone plantear posibilidades diferentes cuando un escenario reciente no supone una limitación, permite crear espacios para la acción y muy dinámicos en sus funciones e imágenes.

## La idea de la ciudad inteligente y su traslación al ciudadano: aplicaciones regionales y locales

Los foros o reuniones y seminarios de expertos, que asesoran a los gobernantes en sus complejas tareas e incluso elaboran las bases de la estrategia política, se están convirtiendo en instrumentos de uso habitual por parte de distintas instancias de gobierno. Algunos de dichos foros han sido presentados como plataformas de redacción de unos borradores de los llamados pactos ciudadanos. Relacionar la participación democrática en un asunto público con la reflexión ilustrada sobre el mismo tema no tiene por qué ser, en principio, una pretensión despreciable, sino todo lo contrario. Tal vinculación puede llegar a significar la apuesta por lo razonable y lo pensado frente al rápido y exclusivo ejecutivismo mercantil y gubernamental. Aunque también es verdad que, a veces, pueden perseguirse con estas convocatorias de expertos, militantes en muchos casos y consecuentemente domesticados, objetivos más electorales y partidistas que verdaderamente democráticos e institucionales.

La construcción de la democracia no es tarea fácil, ya que obliga a los gobernantes responsables a buscar continuos cauces de participación de la sociedad civil en

sus propias decisiones de gobierno. Es verdad que parte de esta sociedad está representada por los expertos de los foros, pero tales reuniones técnicas o científicas carecerán de sentido institucional si no consiguen conectar con los problemas reales, transmitir con claridad sus propuestas al resto de los conciudadanos e inventar mecanismos para recoger sus opiniones e intereses al respecto. En las democracias más avanzadas serán las voluntades de la mayoría, expresadas no sólo periódicamente en las urnas, sino cotidianamente a través de cauces de participación civil, las únicas capacitadas para configurar auténticos pactos de gobierno. Las voces más o menos libres de los expertos en sus foros pueden constituir, sin duda, un primer y riguroso estadio del proceso de participación democrática, pero si no llegan al pueblo a través de textos sencillos, comprensibles y mejorables, que propicien un espacio de participación ciudadana directa, se quedarán cumpliendo el menos honroso papel de justificar tecnocráticamente un cierto modelo de despotismo ilustrado.

Teniendo en cuenta aquellos planteamientos propios (OJEDA, 1999) y contando con el aval de nuestra libertad no militante, nos atrevimos a aceptar los retos de coordinar una jornada de trabajo sobre *La Ciudad Inteligente*, en el seno del llamado Foro de la Ciudad Humanizada de Sevilla, en febrero de 2004 y una ponencia en el seminario sobre *Procesos Metropolitanos en la Sociedad Actual*, del Observatorio de Áreas Metropolitanas de nuestra Universidad Pablo de Olavide, en junio de 2005 (OJEDA; DELGADO, 2006). Ambas experiencias nos proporcionan ahora la información necesaria para responder al objetivo de este epígrafe final sobre aplicaciones concretas y referidas a Andalucía y Sevilla de lo anteriormente teorizado.

### **Procesos metropolitanos, ciudad, mercado y gobernanza**

De nuestra participación en el Seminario sobre *Procesos Metropolitanos en la Sociedad Actual* surge la siguiente reflexión, que pretende ser una aplicación, de la gestión inteligente o torpe del territorio, a la propia configuración actual de las áreas metropolitanas y las ciudades andaluzas.

En el triunfante paradigma posmoderno y neoliberal parece estar consolidándose un discurso tendente a considerar cada vez más obsoleta la necesaria, estrecha y deseable relación entre planificación urbana y proyectos concretos de intervención en la ciudad. Al

Plan General de Ordenación Urbana, como teórico método de reflexión inteligente de la ciudadanía sobre su propia ciudad y como práctica normativa reguladora de los procesos constructivos durante una década, se le achaca, directa y/o cínicamente, lentitud, tendencia a la primacía de la burocracia tecnocrática y dificultad casi insalvable para promover una participación ciudadana sustancial y operativa. En función de ello, se justifica su devaluación irremediable ante las potentes y rápidas presiones de los mercados inmobiliarios y se sobrevaloran política e intelectualmente los Proyectos Concretos de Intervención Urbana, a los que se acude con descaro electorero desde los poderes municipales, que se juegan al mejor postor sus responsabilidades ante los propios marcos normativos de la planificación y llegan a justificar tal actitud en criterios tan peregrinos como el de “esta ciudad necesita romper moldes para desarrollarse”.

Tal proceso, de lineal y convergente simpleza especulativa y electoralista, se está traduciendo en unos auténticos caos territoriales que afectan a los ámbitos más emergentes de nuestros territorios: las ciudades y sus áreas metropolitanas. El dominio y poder fáctico de los intereses financieros inmobiliarios es cada día más absoluto sobre unos municipios cuyas arcas están tan necesitadas de finanzas como sus cabezas de valores ciudadanos y responsabilidades democráticas. Ellos mismos se encargarán de justificar los procesos especulativos ante sus conciudadanos, presentándolos como expresiones genuinas de desarrollo, calificado en algunos casos como “desarrollo sostenible”.

La tragicomedia nos está conduciendo a vivir situaciones totalmente caóticas en las sucesivas configuraciones de las áreas metropolitanas andaluzas, cuyos intentos planificadores desde el poder regional, Planes Subregionales, no terminan de consolidarse e incluso fracasan porque tampoco este poder parece capaz de superar las presiones constructivas. El modelo europeo de crecimiento urbano continuo y compacto se está convirtiendo, en aras de un irresponsable mercado, en crecimiento urbano depredador, disperso y segregador, no llegando a respetar principio básico alguno tanto de los propios emplazamientos de las urbanizaciones y centros históricos, como de sus pervivencias paisajísticas e identitarias o de los más elementales caracteres de los territorios afectados. Llama poderosamente la atención la proliferación de asociaciones ciudadanas que, en diferentes áreas metropolitanas andaluzas, contestan a tales desmanes y solicitan moratorias constructivas en estos territorios caó-



ticos, en tanto no cuenten con autoridades municipales y regionales capaces de establecer y sostener los controles urbanísticos necesarios.

En tal contexto, aparece y se consolida entre los teóricos de lo urbano y de la participación el concepto de gobernanza como método de consenso y diálogo democrático entre los distintos actores de una realidad compleja a gestionar. El rigor y la potencia de esta metodología anglosajona, que exige un largo y educativo proceso de democratización, quizás estén en la aceptación de unos principios básicos del orden social y territorial (valores a respetar y/o alcanzar) no discutibles y previos a cualquier diálogo consensual. Pero su perversión, por otro lado, podría llegar desde la justificación incondicional del consenso como mecanismo directo de decisiones e indirecto de la desregulación total, preconizada por el neoliberalismo mercantil y financiero y conseguida a través de sobornadoras comisiones.

### **La inteligencia de Sevilla, según su Foro de la Ciudad Humanizada**

A lo largo de la jornada de trabajo de 5 de febrero de 2004, sobre la ciudad inteligente, organizada en el seno del Foro de la Ciudad Humanizada de Sevilla, las distintas intervenciones de los ponentes, así como de los asistentes, intentaron aproximarse a un diagnóstico complejo de la realidad actual de Sevilla como ciudad inteligente. Fueron destacados, en principio, una serie de signos de torpeza, que parecen fundamentarse en una apreciación básica: “esta ciudad no reflexiona sobre sí misma lo suficiente para encontrar el valor de sus recursos”. A partir de tal cuestión de fondo, los signos de torpeza se evidenciaban en aspectos de tipo histórico, político, medioambiental, urbanístico y social, señalándose algunos de ellos: “el resultado de todo esto es una ciudad que no reconoce la ineficiencia de algunas de sus actuaciones (véase el Estadio Olímpico, como ejemplo de la torpeza de reafirmarse en un proyecto cada vez más costoso y menos útil o véase el abandono que sufren importantes y costosas infraestructuras construidas con ocasión de 1992 y hoy olvidadas de la gestión pública, a pesar de contar con soluciones conocidas y aprobadas), una ciudad que pierde muchos referentes de identidad territorial y cultural (véanse los escarpes de los Alcores y el Aljarafe, así como muchos espacios públicos), mientras se reafirma en la imagen estereotipada de sí misma y, en definitiva, una ciudad cuyas lógicas de gestión y administración pretenden que sea más *urbs* y menos *civitas* y *polis*, o sea, más un recipiente reco-

nocible en el espacio internacional de las redes que un proyecto de relaciones comunes y de participación”.

Por otro lado, también el Foro ofreció una visión optimista tratando de “detectar signos o pistas de inteligencia”, que están vinculadas principalmente al tejido social participativo y su protagonismo en diversas dimensiones. Algunos de aquellos signos de inteligencia, que parecen más destacados, pueden ser:

> La existencia de espacios públicos inteligentes como los parques de Miraflores y Alamillo, donde la multifuncionalidad, el reconocimiento y la participación activa de la población constituyen las bases de una notable vitalidad y de la asunción por parte de los mismos de un papel central en la vida colectiva de sus entornos inmediatos. Si bien, el Parque Miraflores es un interesante ejemplo de una inteligencia en la que participan componentes vinculados con la razón y con la emoción o los sentimientos, el Parque del Alamillo, no obstante, responde mayormente a criterios racionales, que también pueden despertar elementos afectivos, pero que, en principio, se relacionan en mayor medida con una gestión inteligente de aquel espacio.

> El uso aún notable de determinados espacios públicos de las áreas centrales de la ciudad (Plaza Nueva, Alameda de Hércules, Parque de María Luisa, Jardín de la Buhaira, entre otros), cuyas reconocidas simplificaciones y minimizaciones respecto a otros momentos históricos no han logrado acabar con ellos, poniendo en evidencia la existencia de un significativo recurso ciudadano a canalizar.

> El incremento de prácticas alternativas a las dominantes, como el aumento del uso de la bicicleta, que plantea la necesidad de tomar conciencia de una nueva realidad y repensar el modelo establecido de ciudad. La actual ejecución del proyecto de carril bici por toda la ciudad está significando la plasmación práctica de una actividad que se entiende inteligente desde diversas perspectivas: transporte, ocio, salud, etc. Poder salir de la ciudad, en bici o andando, hasta llegar al escarpe del Aljarafe para contemplarla en toda su plenitud, constituye un logro de la inteligencia ciudadana que se había perdido y que ha sido recientemente redescubierto.

> El interés de ciertos colectivos científicos por algunas iniciativas concretas dotadas de gran originalidad, como el caso de la recuperación de solares para su uso público y el reaprovechamiento para ello de mobiliario urbano no

diseñado de forma expresa para tal uso, así como la aceptación de estas iniciativas por parte del vecindario.

> El incremento del número de asociaciones ciudadanas y la interrelación entre ellas, sea mediante la creación de plataformas conjuntas, como a través del apoyo entre colectivos de diferente naturaleza, fines y ámbitos de acción.

> La existencia de barrios con una más que significativa proporción de población inmigrante donde, si bien no se puede hablar de inteligencia en términos absolutos, este nuevo contexto sí ha sido fundamental para una revitalización y enriquecimiento social de los mismos y una integración aceptable, que ha suavizado conflictos potenciales. Opuestamente a esta realidad, existen posicionamientos de entidades vecinales que representan una clara muestra de torpeza por cuanto se basan en prejuicios y en el empleo de mensajes alarmistas sustentados en el estigma y en la asimilación de ideas claramente manipuladas o dirigidas que relacionan inmigración árabe e inseguridad ciudadana. Hacemos referencia al caso concreto de Bermejales, donde una determinada asociación de vecinos se opone tajantemente a la ubicación de una mezquita en terrenos colindantes al barrio.

> La convergencia de unos gestores inteligentes, que basan sus intervenciones sobre reflexiones serias y libres, que comprenden sin fosilizar el pasado y planean el futuro sin presiones mercantiles, “con una ciudadanía inteligente”, que se autocomplace con su ciudad y se muestra activa en sus usos, compromisos y procesos participativos, “es, en definitiva, lo que constituye la raíz y el núcleo fundamental de una ciudad progresivamente inteligente”.

## Notas

<sup>1</sup> Apuntes de la Conferencia Plenaria de José Antonio Marina. LCH, Sevilla, 5 de febrero de 2004.

<sup>2</sup> El banco del tiempo es un sistema de intercambio de servicios de tiempo. En él la unidad de intercambio no es el dinero sino una medida de tiempo, por ejemplo una hora. Es un sistema de intercambio de servicios por servicios o favores por favores. Tiene la ventaja de fomentar las relaciones sociales y la igualdad entre distintos estratos económicos.

<sup>3</sup> El valor patrimonial de esta animación ha sido reconocido en 2001 por UNESCO, declarando a la plaza de Jemaà-el-Fna como Patrimonio Oral e Inmaterial de la Humanidad.

## Bibliografía

**CAPEL, HORACIO** (2003) A modo de introducción: los problemas de las ciudades. *Urbs, Civitas y Polis*. En CAPEL, H. (coord.) *Mediterráneo Económico. Ciudades, arquitectura y espacio urbano*. Almería: Cajamar, 2003

**DEAR, M.** (ed.) (2002) From Chicago to L.A.: Making sense of urban theory. *EURE*, v. 30, n° 90, 2002, pp. 121-123

**DE LA PEÑA, G.** (2003) Simmel y la Escuela de Chicago en torno a los espacios públicos de la ciudad. En *Quaderns-e Institut Català d'Antropologia* [en línea], n° 1, 2003 <<http://www.icantropologia.org/quaderns-e/01/01a02art.html>> [consultado el 26 de septiembre de 2005]

**GARCÍA CALVO, A.** (1989) *Hablando de lo que habla*. Madrid: Lucina, 1989

**GARCÍA GARCÍA, A.** (2007) *Los espacios públicos en Sevilla y su entorno metropolitano*. Tesis Doctoral

**GOYTISOLO, J.** (1977) *De la Ceca a la Meca*. Madrid: Alfaguara, 1977

**HARVEY, D.** (2007) *Reflexiones sobre ciudades y su urbanización como partes del problema de entender la relación entre capital y territorio*. Conferencia impartida en la Universidad Internacional de Andalucía. Cartuja, Sevilla, 21 de junio de 2007

**JACOBS, J.** (1967) *Muerte y vida de las grandes ciudades*. Madrid: Península, 1967

**MARINA, J. A.** (1993) *Teoría de la inteligencia creadora*. Madrid: Anagrama, 1993

**OJEDA, J.F.** (1999) Foros y reuniones de expertos. En *Diario Huelva Información, columna periodística en la sección Arias Breves*, 14 de octubre 1999

**OJEDA, J.F.; DELGADO, B.** (2006) Conclusiones sobre áreas metropolitanas y sostenibilidad. En FERIA, J.M. (coord.) *Los Procesos Metropolitanos: materiales para una aproximación inicial*. Sevilla: Junta de Andalucía, Consejería de la Presidencia, 2006, pp. 103-105

**PORTA, S.** (2002) *Dancing Streets. Scena pubblica e vita sociale*. Milán: Unicopli, 2002

**SALCEDO HANSEN, R.** (2004) Reseña de Michael Dear, Eric Schockman y Greg Hise (eds.) (1996) *Rethinking Los Angeles*. London: Sage; Allen Scott y Edward Soja (eds.) (1996) *The city: Los Angeles and Urban Theory at the end of the twentieth century*. Berkeley: University of California Press; Michael Dear (ed.) (2002) *From Chicago to L.A.: Making sense of urban theory*. London: Sage. *EURE*, vol. 30, n° 90, 2004, pp.121-123

**SCOTT, A.; SOJA, E.** (1996) *The city: Los Angeles and Urban Theory at the end of the twentieth century*. Berkeley: University of California Press, 1996

**SOUSA SANTOS, B.** (2005) *El milenio huérfano. Ensayos para una nueva cultura política*. Bogotá: Trotta S.A., 2005

**TORRES GUTIÉRREZ, F.J.** (2005) *El análisis territorial aplicado al estudio de zonas urbanas marginales. El caso de Polígono Sur, en Sevilla*. Sevilla: Junta de Andalucía, 2005